

La Violencia como ideosema estructurante en la obra de Arturo Echeverri Mejía

Augusto Escobar Mesa*

Universidad de Antioquia

Si desde la teoría de la Sociocrítica de Edmond Cros se admite que el texto de ficción está constituido por un complejo juego de representaciones que actúan las unas sobre las otras, cuyo origen está fuera del texto y se manifiestan en prácticas socio-ideológicas y discursivas diversas y particulares, se diría que la violencia, en sus distintos modos de revelarse y penetrar el cuerpo social y en él a los hombres y sus formas de expresión, es un ideosema estructurante¹ en la obra literaria de Echeverri Mejía² al dar cuenta de la polimorfa violencia que ha caracterizado la sociedad colombiana de la segunda mitad del siglo XX.

Con este artículo se intenta mostrar cómo Echeverri Mejía va más allá de la explicación reductora de la violencia partidista (confrontación entre

* Doctor en Letras, Estudios Iberoamericanos, de la Universidad de Bordeaux II, Francia; profesor e investigador de la Maestría en Literatura Colombiana de la Universidad de Antioquia, aescobar@embera.udca.edu.co.

1 Desde la teoría de Cros, éste es el "pivote del funcionamiento textual" al mediar entre los articuladores semióticos (intertextualidad, prácticas sociales que se localizan fuera del texto) y los articuladores discursivos (inherentes a la estructura del texto). Cros llama ideosemas a los sistemas de estructuración que se deducen del análisis de funcionamiento de prácticas sociales o discursivas (1992: 15, 12).

2 Echeverri (1918-1964) fue uno de los escritores representativos de la literatura social colombiana de mediados del siglo XX y narrador profundamente comprometido con la vida y con la literatura. Su obra abordó la violencia desde múltiples perspectivas: partidista, religiosa, moral, de la naturaleza, intrafamiliar, económica, cibernética. Su postura fue siempre crítica con respecto a cualquier tipo de conflicto que deshumanizara y alienara al hombre. Como en este artículo se remite a toda su obra publicada, seis novelas y seis cuentos, en adelante sus novelas se citarán por la abreviatura, así: *Esteban Gamborena* EG (1952, 1997), *Antares Ant* (1949), *Marea de ratas* MR (1960), *Bajo Cauca* BC (1964), *El hombre de Talará* HT (1964), *Belchite* Bel (1986), y los cuentos: "El sentimiento tiene un precio" STP (1980), "La noticia" LN (1961), "Hay un mendigo en la esquina" UME (1981), "Simplemente un camino" SC (1981), "Ser de ser" SS (dos cuentos inéditos).

liberales y conservadores)³ como causante del período llamado de la *Violencia* de los años 40 y 50 que produjo, en un lapso de diez años (1947-1957) más de 200.000 muertes violentas. Se propone igualmente hacer una reflexión crítica de este fenómeno en Echeverri y mostrar que la violencia es un elemento articulador de una sociedad fundada en la coexistencia de diversos factores: profunda desigualdad social, intolerancia mental y religiosa, simulación en las conductas, lo que lleva a cambios de mentalidad y actitudes ante la vida, no de modo estructural, que han repercutido hasta el presente como puede observarse en el disfuncionamiento institucional actual. "Anomia" llamarán algunos a ese estado de cosas, "derrumbe" otros (Palacios, 1995: 325).⁴ Y todo ello se observa en la manera de abordar el texto de ficción cuyo soporte discursivo, explícito a veces, otras imbricado, da cuenta de un universo complejo de representaciones y prácticas discursivas determinantes de un período de la historia social y mental colombiana moderna.⁵

En un artículo de periódico de 1960 un alto funcionario, refiriéndose a una masacre colectiva, decía: "espero que la gente reaccione ante un crimen tan horrible". Echeverri, habiendo sido testigo de la violencia retaliatoria entre fanáticos de los dos partidos tradicionales por décadas, responde: "de eso, señor funcionario, puede estar seguro. Otros hombres, del lado contrario morirán. La 'reacción', no se olvide, es una cadena" (Hernández, 1960: 5). Lo decía porque sabía que estas palabras connotaban no una convocatoria a la paz, sino una provocación en un país sensible de ánimo en los asuntos políticos y religiosos.

3 Desde mediados del siglo pasado, Colombia, a excepción de cualquier otro país en América Latina, ha mantenido una hegemonía bipartidista de liberales y conservadores; hegemonía que ha llevado a decenas de guerras intestinas en el siglo XIX y otras disimuladas en el siglo XX por el control del poder, del presupuesto nacional y de las magras riquezas del país (Tirado, 1996: 97-189).

4 Según Palacios, "El 'derrumbe' tiene que ver con la conjugación de la corrupción por arriba, la anomia de los pobres, el desencanto político de las clases medias, y la expansión vertiginosa del delito violento y callejero" (1995: 325-326).

5 Esto, para salirle al paso a las opiniones ideologizantes o al reduccionismo bioétnico que pretenden atribuir a la violencia colombiana carácter filogenético cuando la historia tanto del pasado como del presente de los países llamados del primer mundo muestran períodos de gran conflicto y no menos crueldad (el nazismo alemán, el falangismo español, el fascismo italiano, las guerras religiosas en Irlanda, las guerras intestinas en los balkanes, el guerrerismo norteamericano contra Vietnam, Nicaragua, Irak, El Salvador, etc.). Como lo cree Clastres de una afirmación de Raynal: "todos los pueblos civilizados han sido salvajes" (1978: 166).

Uno de los aspectos que interesa relevar en la obra de Echeverri es que éste va más allá de una simple percepción de la violencia política partidista, punto donde se quedan la mayoría de los novelistas que escribieron sobre el tema en los años 50 y 60.⁶ Propone una reflexión crítica de la violencia no sólo como fenómeno presente en la historia colombiana sino también como elemento articulador de la vida social del país, en particular de mediados del siglo XX que hoy deja ver sus secuelas, porque como decía un sociólogo en aquellos años:

la violencia abierta va dando paso a otra más sutil y peligrosa, por ser subterránea. En muchas regiones donde parece muerta, la violencia sigue viva en forma latente, lista a expresarse por cualquier motivo, como las brasas que al revolverse llegan a encenderse... Cualquier acto imprudente... podría desencadenar de nuevo toda la tragedia nacional (Fals-Borda, 1964: II, 10).

Años antes, a comienzos de los 50, en pleno auge del conflicto bipartidista, Echeverri elucidaba lo mismo. El conflicto, como sombra aplastante, cubriría al país por décadas, y los momentos de tregua no serían más que eso, porque las condiciones de injusticia permanecían incólumes. No en vano sostenía a través de un personaje de su novela *Esteban Gamborena*: "La semilla del odio está sembrada, su germen permanecerá latente a la espera del momento más propicio" (EG: 347).

En su obra, la violencia es un elemento constante, multiforme, complejo, profundo porque penetra en los más íntimos resortes de la condición humana. Funciona como recurso y soporte institucional de un sector de clase social dominante que pretende con ella o con su más efectiva manifestación, el miedo, garantizar el control social; también es forma cotidiana que actúa, a veces, de manera agazapada, dispuesta a dar el zarpazo en el momento más inesperado, y otras, de modo explícito, a través de la palabra que se dice, nombra, afirma o niega, o mediante la acción cruel y directa de agentes de la muerte. La vemos también convertida en gesto doblegado o

6 Desde 1948, inicio del período llamado de 'La Violencia' con la muerte del líder popular Jorge Eliécer Gaitán hasta 1958, momento de fundación del Frente Nacional que amortiguó la avalancha de muertes violentas por asuntos partidistas, se escribieron cerca de 40 novelas sobre el tema y centenares de cuentos, también numerosos poemas, piezas de teatro, canciones populares y obras pictóricas. Nunca antes en la historia cultural y literaria del país un hecho histórico había convocado a tantos escritores a recrearlo y testimoniarlo con tanto compromiso y pasión (véase Escobar, 1987: 7-31, 74-81, 88-89; y Guzmán, 1968: 255-275).

insumiso; en palabras que comunican el miedo y agostan el espíritu y, en ocasiones, en manifiesto silencio. En fin, es ella acto y forma que enajena la existencia y a la vez la potencializa. Es también y fundamentalmente, factor insoslayable al cambio porque con ella la vida no será igual en adelante, y en este sentido, se vuelve un modo de identidad cultural⁷ y parte constitutiva y paralela del devenir histórico y social del colombiano.

Vista la obra literaria de Echeverri en su conjunto, se puede observar una violencia multicausal que va desde la macro-estructural, pasando por la ideológica-institucional, coercitiva, radial (espiral del miedo), hasta la tanatomaníaca (antropofagia de la muerte) y discursiva;⁸ nociones algunas propuestas en los años 60 y 70 que siguen manteniendo vigencia para fenómenos literarios y culturales de esos años, porque hechos históricos y socio-políticos de décadas posteriores remiten a nuevas formas de violencia y de representación.⁹

Violencia macro-estructural

Cuando hablamos de la violencia macro-estructural, nos referimos a un desarrollo socioeconómico lento y desigual como efecto de una larga cadena de dependencias y de condicionamientos externos e internos. Desarrollo que se mide por la magra esperanza de vida de un pueblo desde el

7 Entendida ésta en el sentido de Cros (1993: 7-8) como: "bien simbólico colectivo que existe en la medida en que es compartido colectivamente". La cultura, según él, "es el dominio donde lo ideológico se manifiesta con mayor eficacia". Funciona como una memoria colectiva que es vivida oficialmente como guardiana de continuidad y garante de la fidelidad que el sujeto colectivo debe tener con respecto a su propia imagen.

8 Al respecto, veáanse las clasificaciones sugeridas por Johan Galtung en *Violence, peace and peace research* (1979, citado por Ortega, 1981: 395-407) y las de Dorfman (1970: 9-42). Por problemas de espacio y de ensayos producidos al respecto, la violencia discursiva no será tratada (véase, por ejemplo, los estudios de Noé Jitrik, Fernando Alegria, Guillermo Sucre, Haroldo de Campos, Juan José Saer y otros en *América Latina en su literatura*, 1972, y también los de Dorfman, 1970).

9 Desde la década de los ochenta en adelante han ido apareciendo, con motivo del desarrollo del narcotráfico, el fortalecimiento de los grupos guerrilleros tradicionales y del naciente paramilitarismo, expresiones de violencia y sus paradójicas combinaciones tales como la sicarial, narcosicarial, militar, paramilitar, guerrillera, narcoguerrillera, miliciuna, sectarial (llamo a las de las sectas de distinto orden, la satánica, entre ellas; también las religiosas, esotéricas), económica e informática (producto de la especulación, el tráfico financiero y de información en la era de la globalización); la parainstitucional (derivada de la corrupción administrativa en los entes del Estado o del paraestado) y la monopólica.

punto de vista biológico (Laborit, 1978),¹⁰ de las expectativas de progreso sociocultural, seguridad y calidad de vida. Es patética la imagen que el narrador de EG nos muestra del estado de miseria de los campesinos en el bajo Cauca antioqueño y que no difiere mucho de la vida de los obreros en las barriadas de Medellín. Igual se observa en las condiciones de vida de los pescadores en pueblos aislados como los de la costa Atlántica en MR o las de los habitantes peruanos de Talara en el HT que deben padecer las presiones de las compañías extranjeras ante la real ausencia del Estado y su connivencia con aquéllas. Ni qué decir de los indígenas y colonos en la Amazonia colombo-peruana y brasileña de Ant. Ningún incentivo de vida hallan los habitantes de Belchite en el altiplano de la cordillera central de Bel, ni los de las bajas tierras del nordeste antioqueño, ni de los obreros de la capital de Antioquia, ni de pescadores del norte peruano. Sus vidas se consumen en los mismos oficios de siempre, sometidos al peso de las costumbres y a la férula de curas aletargados, oficiales represivos y gamonales codiciosos. Como dice un pescador a otro en un pueblo perdido en medio del vasto territorio del litoral Atlántico colombiano: "nosotros no sabemos nada de nada... A duras penas embutimos estopa, pescamos mariscos y peces y nos acostamos con nuestras mujeres" (N-MR¹¹: 226). En ese vaivén sin sentido ven correr sus vidas hasta que el basilisco de la muerte los sacude y obliga a iniciar otra etapa no menos dolorosa.

Pero además de éstos, otros elementos inciden en esa violencia macroestructural, las exigencias externas que se observan en préstamos onerosos sujetos a las más draconianas condiciones que contribuyen a una balanza de pagos desigual, la alta inflación que incrementa la deuda externa y el inequitativo intercambio económico (Khan, 1978: 898-905). A éstos le siguen otros no menos lesivos a los intereses nacionales: la injerencia en los asuntos políticos internos, la penetración cultural e ideológica, la intervención directa en los asuntos de seguridad interna, de defensa nacional y continental (Fainberg, 1978; Pécaut, 1976: 55-67). Todos éstos terminan siendo los sofismas de distracción ante los acuciantes problemas de injusticias sociales y de hipoteca de la soberanía nacional tal como el mendigo de UME señala con furiosa soma:

10. En los años 50, mientras el promedio de vida en Colombia era de 45 años, en Francia era de 66,5 y en Noruega de 73.

11. Cuando en las citas a la abreviatura de la novela le precede una N- corresponde al libro *Novelas* de la edición póstuma de 1981 que reúne casi toda la producción literaria del escritor.

leí que estos países nuestros compraban grandes máquinas de guerra, inmensos buques armados, cazas y bombardeos de propulsión a chorro, que aspiraban poseer la energía nuclear. Y estos países nuestros, pensé, tienen hambre y los millones para el pan de los "más" se convierten en pretensiosas armas para protección de los "menos" (424-425).

Este tipo de violencia hace ya parte de la historia de un país que su clase dominante ha empeñado sin escrúpulo alguno y que se reconoce con un dejo de impotencia, como lo deja entender el protagonista de UME en diálogo con un transeúnte fortuito en cualquier calle de una ciudad: "¿Acaso los Estados no defienden sus territorios? ¿No hablan de sus dominios y de su soberanía?... A ellos, a los Estados, y a mí, otros más fuertes nos dicen: 'Arrastre sus cueros'. Y todos los arrastramos" (422), porque al pueblo, mayoría abandonada al arbitrio de aparatos institucionales y paraestatales, sólo le pertenecen "los arrabales, los asilos, la misma cárcel" (421). Análogo es el sentimiento del personaje central de HT, Antonio, y de otros tantos pescadores de Talara que difícilmente sobreviven de los productos que le arrancan al mar porque los barcos de compañías extranjeras no sólo invaden su territorio sino que se apropian de sus riquezas. El intruso llega a cambiar el modo de vida de aquéllos y altera el funcionamiento de un ecosistema regulado naturalmente por los nativos como lo observa Antonio en el HT: "Lo curioso es que antes de venir los gringos de la Welbor los veía uno [los tiburones] por todas partes y ahora escasean los malditos. Escasean desde que descubrieron que su cochino aceite servía como remedio" (398).

La violencia macro-estructural anclada desde siglos, reciclada a diario sin que se visualice horizonte alguno, hace de los pueblos entes náufragos de identidad, sobrevivientes de una agobiante causa, el desarraigo. A las condiciones externas de dependencia, se agregan otras, las internas, no menos enajenadoras que aquéllas que sacuden a espasmos al cuerpo social desangrándolo lentamente pero, contradictoriamente, también afirmándolo de manera peculiar como lo que es: un pueblo asediado por los conflictos y en lucha continua que integra esos lances a su propio desarrollo, generando a veces estados de profunda anomia¹² (Torres, 1981; Palacio, 1995). La so-

12 Entendida ésta desde Durkheim como aquella situación en la cual las escalas de valores y de normas cambian rápidamente y devienen indefinibles. Evidentemente, comenta Zima, no se trata de la desaparición de todas las normas, sino de la imposibilidad de su definición unívoca y estable (Zima, 1986: 20).

ciudad de Echeverri padece el síndrome de la violencia, mal pestífero que se multiplica gracias a una clase que goza de inmunidad y usurpa la fuerza de trabajo de los otros, de la mayoría, pues es el sólo bien de los apestados o en trance de serlo; pero, paradójicamente, a éstos tampoco la violencia les pertenece, porque no son ellos sus gestores, sino las víctimas o victimarios manipulados por una dirigencia cuyo único afán es el lucro propio. Así lo deja entender un líder del pueblo de MR al mostrar la doble moral de esa clase: "los gobernadores, presidentes, senadores... eran simples ratas medrosas, extenuadas de correr, de vivir a la sombra de las cuevas, listos a firmar excomuniones contra todos aquellos hombres dignos y lo suficientemente valientes para portar entre sus manos un fusil" (341).

Campesinos como Toribio y Domingo en MR son las víctimas propiciatorias de un estado de profunda desigualdad y olvido social; son "pobres tipos... solidarios en la causa del miedo" (N-MR: 341), miedo que un día, y enredados en sus inextricables hilos, los lleva a una vorágine de resentimiento y agresión de la que no podrán salir. Esa rueda de molino al cuello es la que lleva a que la violencia se vuelva forma modelizante de vida, como señala un líder rebelde de MR al dirigirse a otros campesinos desplazados por la fuerza como él: "cuesta mucho trabajo dejar de matar cuando se aprende a hacerlo. Ustedes aprenderán por necesidad, lo harán mucho tiempo por obligación y continuarán haciéndolo por hábito... o por robo... o por diversión. ¿Acaso no lo han visto hacer entre los 'otros', entre los del gobierno?" (345).

La violencia, como la muerte, se encuentra en la literatura de Echeverri en la mirada de los desarraigados, en el odio de la oficialidad, en la avidez y lascivia del gamonal, en los sermones de resignación y doble moral del cura, en las costumbres atávicas, en el ejercicio de la religión como *deus ex machina*, en la expoliación económica, en la desgastada y esclerosante cotidianidad, en el maltrato conyugal o la pérdida de confianza en el otro, en fin, en el reverso de cada gesto, en cada acción, en cada palabra dicha o silenciada. Ronda en cada esquina como el agresor nocturno, pero se desconoce el momento de su asalto. Acecha desde siempre y desde todas partes, pero también surge ante todo de la necesidad de seguir viviendo.

Violencia ideológica-institucional

Como señalara Khan (1978: 903-908), el desequilibrado desarrollo en los países pobres es consecuencia de numerosas fuerzas, en cuya base se

encuentran los problemas de miseria, de extrema desigualdad, de iniquidad de oportunidades y del desfonde de las instituciones. En el caso colombiano, todos esos problemas son un legado del pasado colonial que mantiene su vigencia. Esta heredad y la existencia de partidos políticos que han buscado enquistarse en el control del poder y en la posesión de las limitadas riquezas del país, al igual que en mantener el estado de pobreza, de injusticia social y de explotación, ha agravado aún más los conflictos entre los distintos sectores en contradicción que cada vez se acrecientan, coadyuvando a intensificar la frustración de las mayorías.¹³ Al interior de la sociedad que describe y recrea Echeverri, particularmente en EG, se observa el ahondamiento progresivo de la brecha entre unos pocos que lo poseen todo y una mayoría saqueada; de ahí el motivo de su animosidad. La tentacular burocracia atada por los lazos clientelistas engulle el presupuesto nacional, la corrupción administrativa se desfoga y arrasa con los últimos resortes de la moral colectiva, es lo que percibe Miguel, uno de los personajes centrales en EG. Para él "es el donjuanismo más abyecto... Despliegue inteligente de mañas y engaños, grandes promesas... Un estira y encoge... Pero el verdadero fin de todos estos pueriles programas es el amor al lucro y al poder" (76). Todo esto tiende a agravar el estado de vida de los individuos y de la colectividad.¹⁴ La sociedad como un circuito espacio-temporal humano, se convierte necesariamente en un entorno inhumano donde apenas se sobrevive. Es sobre este "cuerpo sobreviviente", sobre su suerte y sobre su aventura agónica que da cuenta la literatura echeverriana; literatura que narra con veracidad y dolor la vida de los de abajo y de sus victimarios. La vida de los miles de colonos que se internan en las selvas en busca de "esas

13. La decepción con respecto a los partidos Liberal y Conservador se observa en el diálogo de dos jóvenes protagonistas de la novela EG: "Tal vez en sus principios los dos partidos tradicionales poseían fines inspirados en nobles ideas. Tal vez sí, estoy seguro. Pero la falaz carcóna de los malos conductores hizo de sus nombres dos vulgares banderas de combate y legaron al olvido los sabios o erróneos principios. Dos banderas, dos familias en perenne disputa por el sustento" (75-76).

14. A esta gangrena social se agregan otros aspectos internos de esa violencia estructural que recrea Echeverri: alto costo de vida que consume los irrisorios salarios, desmesurada tasa demográfica que contrarresta la oleada de muertes tempranas; inadecuado e insuficiente desarrollo infraestructural al nivel de los servicios básicos, alto índice de desempleo y de recesión económica; a los que añaden: la pobreza (física, ecológica y social), la represión (la intolerancia en relación con la libertad, la política, la justicia y el trabajo) y la alienación (la tolerancia represiva con respecto a la sociedad, la naturaleza y el individuo). Véase Duvignaud, 1980: 5-18; Domenach, 1978: 759-767.

tierras prometidas” y pronto se convierten para ellos en *locus terribilis* bajo la iniquidad de caucheros o gamonales en las selvas del Amazonas o del bajo Cauca en el norte del país. Los que sobreviven al inhumano trabajo son diezmados por la fiebre, la disentería y el beriberi. Se convierten en verdaderas piltrafas humanas, que más parecen “figuras radioscópicas animadas, que seres humanos” (N-Ant: 52). Es también la vida de los pescadores de Marea, de Punta Gorra o de Talara, aislados por completo del resto del mundo. Los campesinos del bajo Cauca no llevan una vida mejor, trabajan de “sol a sol” para arrancarle a la tierra unos cuantos granos que van a parar a manos de los gamonales y agiotistas, quienes “pagan la cosecha y la tierra por una décima de su valor” (N-BC: 434), o a las de los “pájaros” y “chulavitas” (asesinos a sueldo) enviados a someter “a sangre y fuego”¹⁵ a los que no se doblegan a las consignas del partido conservador y de la Iglesia Católica, su leal aliado; o van a dar a los bolsillos del cura o “rezadores” que hacen mil maromas para raparse el esfuerzo de esos habitantes cuyo único destino es llevar una “cochina vida de perros” (N-BC: 435). Devastada no sólo resulta la vida de los habitantes de campos y poblados como Talara, Colorado, Puerto Antioquia, Putumayo que permanecen al margen del progreso, “olvidados de Dios y de los hombres”, sino también los barrios y ciudades como Belchite, Medellín, Barranquilla, espacios invadidos por los males de un progreso material que no se acompaña del progreso cultural, moral y humano, al contrario, los desdeña. De los primeros, el protagonista de EG da fe: “presenciaba los movimientos lánguidos de aquellas gentes agobiadas por la desnutrición, el paludismo y Dios sabe cuántas otras pestes y sufrimientos” (317); igual lo hace el de la novela BC cuando sostiene, ahora que es un delincuente “honorable y reconocido”, que la vida que llevaban en el campo era “de perros... vida asquerosa, de trabajos, de hambres y de miseria” (434). En las ciudades no es menos nefasto el impacto en la vida de la mayoría de sus habitantes, donde sólo predomina, como lo cree uno de los personajes de EG: “el lucro personal... el despliegue inteligente de mañas y engaños, grandes promesas... (75-76). Y agrega: “los falsos valores; la malicia impera sobre el talento, los hombres suspicaces sobre los honrados y de buena fe. Acá, los avaros son gente prudente y es lícito el robo cuando se ampara

15 Consigna de un ministro conservador durante el gobierno de Mariano Ospina Pérez (1946-1950), período en el cual se desató la Violencia (Martí, 1969: 75).

con el nombre de negocio especulativo... Son voraces sanguijuelas cuya boca no descansa ni de noche ni de día" (65, 73).

Las violencias ideológica e institucional provenientes del Estado son entendidas por Clastres (1970) como el signo acabado de la división en la sociedad, en tanto que es el órgano separado del poder político. La sociedad se halla dividida entre aquellos que controlan el poder y los que lo padecen. La clase dominante consciente de que el poder es para ejercerlo sobre las instituciones, pero sobre todo sobre el cuerpo y la conciencia de los otros, impone la violencia —otros la llaman "formas de presión" (Torres, 1970)— como su herramienta favorita, y lo hacen efectivamente por medio de los aparatos ideológicos institucionales: la política, la religión, la educación, la ley, la cultura, la familia.¹⁶ Y cuando se dice ideológico se entiende el sistema de relaciones sociales y de representaciones que adoptan diversas formas: creencias, mitos, posturas políticas conservadora, reformista o progresista, en las cuales los hombres producen, reproducen y transforman sus relaciones vividas con el mundo. Como plantea, la ideología es vivida por la mayoría de los individuos como algo "natural" que hace parte de su entorno social cotidiano. Ellos tienden a considerar los valores ideológicos que determinan sus acciones como hechos dados, humanos y válidos universalmente; ignoran su carácter histórico, particular y contingente, es decir y según Althusser: "Ellos viven en la ideología" (Zima, 1985: 23).¹⁷

En manos del Estado la violencia ideológica se convierte en el mejor instrumento para hostigar a aquéllos que se le oponen; opera como un petardo lanzado en medio de la masa inerte. El lanzador conoce el efecto disolutivo y el momento oportuno para hacer válida la explosión en el blanco humano. Esa violencia, de consecuencia inmediata o retardada, desencadena una desbandada en el cuerpo social y cultural; saquea la conciencia de la mayoría penetrándola de valores ajenos que la alienan, que la subyugan al *status quo*. Al respecto, Julio Ortega sostiene que:

16 Regine Robin (1973) amplía y explica otros aparatos ideológicos del Estado (AIE) que Althusser (1976) apenas si insinúa. Estos aparatos son la "sede de las contradicciones principales y secundarias que recorren toda la formación social" (Robin, 1973: 107). En la perspectiva de Cros, ellos deben ser concebidos como relativamente autónomos con respecto al poder del Estado (1986: 46).

17 Al respecto, tanto Cros como Zima, en sus análisis de la ideología como discurso, invocan aquella frase incontestable de Althusser de que "la ideología interpela a los individuos como sujetos" y la articulan a sus planteamientos teóricos. (Cros, 1986: 64; Zima, 1988: 27). Interesante es el estudio de "Los mecanismos discursivos de la ideología" propuestos por Zima en *L'indifférence romanesque* (1988: 24-38) y la crítica que Hamon hace a las definiciones más generales de ideología (1984: 5-12).

El papel incautador de la conciencia que efectúa la adecuación ideológica a la experiencia empírica, así como el rol regulador que cumple el sistema educativo, y también la jerarquía de valores, las pautas de conducta y las compensaciones sustitutorias, son un amplio repertorio de orden represivo. En el subdesarrollo, este sistema ideológico es un horizonte resistente al cambio, y, en último término, una fuente de distorsiones y servidumbre. En los procesos homogeneizadores de urbanización puede percibirse el repertorio de valores, impuestos artificialmente: la conversión del campesino en habitante suburbano es una integración falaz a esos supuestos bienes. Las manipulaciones del mercado y del sistema de medios de comunicación no hacen sino reforzar estos procesos de desnacionalización y de pérdida de la identidad cultural (1981: 405).

En la corte del príncipe Ludovico de SS se observa cómo la religión, expresión ideológica por excelencia, utiliza a través de sus representantes todas las argucias posibles para que no se produzca un cambio de mentalidad que fisure o cuestione su poder, salvo que sirva a sus fines. Quien pretenda confrontarla será deslegitimado y perseguido como le ocurre a Xenobia. Ella sabe de las patrañas e hipocresías del abad y los clérigos. En éstos había "de por medio un doble juego de intereses e intrigas... Todos los gobernantes que gobiernan pueblos bárbaros e incultos saben muy bien que su mando sólo perdura si lo apoyan los conductores espirituales que encarnan las fuerzas supersticiosas del pueblo" (2). Igual se observa esa manera de pensar en Londrano, personaje de EG y punta de lanza del falangismo conservador colombiano de los años cuarenta. Él está convencido de que la política de su partido en el gobierno debe ser "la de un Estado autoritario con bases en el pensamiento católico" (166). La verdad, en su opinión, es una, la de "su" partido y "su" iglesia; los demás son enemigos de Dios y del gobierno, y quienes pretendan cuestionar esa indisoluble alianza y poder, deben sufrir escarnio y persecución: "Pero mis aspiraciones... y de un sector numerosísimo de la juventud conservadora colombiana son las de constituir un gobierno donde impere el orden por la razón o por la fuerza... con un programa de acción directa, [que] marche unida, y en los pechos de todos estos soldados hay una fuerza vital, la fuerza que anima las bellas y grandes misiones" (90).¹⁸

18 Cuando la mayoría de las iglesias y religiones "apuntan a apaciguar la violencia e impedir que se desencadene" (Girard 1972: 36), en Colombia sucedió lo contrario con la Iglesia Católica durante la *Violencia*. Sobre la participación directa de la Iglesia católica en los asuntos de la política y la violencia en Colombia; véase González, 1976: 90-146; Abel, 1987.

Violencia coercitiva

Para asegurar el control del Estado a través de lo económico y lo político, es indispensable la intimidación de la oposición o de cualquier otra forma que pudiera parecerse mediante la violencia operacional represiva. Los sectores dominantes acuden a la violencia para institucionalizarla y convertirla en un instrumento de represión para acallar la inconformidad. Se apoyan en el aparato represivo del Estado para mantener el establecimiento vigente y garantizar así la multiplicación de sus beneficios y la seguridad de sus intereses y de las compañías multinacionales que representan. Para reforzar las estructuras de dominación y la docilidad del pueblo se apuntalan en los aparatos intimidadores del Estado; así, el poder se torna absoluto, intemporal y metafísico. Poder que se reproduce institucionalmente a través de la policía, el ejército, los grupos paramilitares y de seguridad, etc., operando eficazmente tras un mismo objetivo: dismantelar la conciencia inconforme, despojar la conciencia de cualquier indicio de contradicción o de dudosa sombra que pudiese aflorar. El poder, representado en esas fuerzas disuasivas, hace del gobierno un Estado policial y parapolicial que para mantenerse debe sembrar el terror; se nutre de una violencia dosificada y tentacular que abraza y sofoca la vida social. Es lo que se percibe en MR cuando la marea pestífera, que recuerda la de Camus o la de Stevenson, llega a los pequeños poblados y devasta; nadie escapa, ni aun los agricultores y hacendados liberales pudientes como sucede en EG. El chantaje, la amenaza de muerte, la persecución y el destierro se vuelven lugar común: "Día a día los pedidos de dinero aumentaban y los anónimos con amenazas" (160).

Ese poder del Estado debe ser totalitario, excluyente, así lo cree el capitán de MR cuando llega a imponer el nuevo orden en un pueblo perdido de pescadores, tal como lo había hecho en otros lugares: "Pensemos —dice— como militantes de un gran partido e instituyamos el 'nuevo orden', desplazando, convirtiendo o aniquilando a sus enemigos" (236). Y para imponerlo, su partido en el poder cuenta con las dos fuerzas más poderosas: "las armas y el clero" (238). Así, según Azula Barrera, con la "Violencia" la vida se hizo extremadamente difícil y hasta "llegó a ser un acto heroico conservarla en muchos sitios de Colombia". El país no había conocido, agrega: "un período semejante de crueldad y barbarie, desde la época legulenda de la reconquista española. La psicosis de miedo cunde por todas partes" (1956: 30).

La estrategia operacional represiva de cada uno de los grupos policiales va a diferir según la modalidad de producir violencia sobre los individuos y de ejercer presión sobre el cuerpo social. A este nivel, la división del trabajo abyecto se hace evidente. Son muchos y diversos los oficios de los calificados verdugos y orfebres de la muerte, como aquel capitán y su tropa en MR que luego de recibir la "santa bendición" de su obispo, iban en persecución de los liberales, "los despellejaban y luego colgaban las cabezas de las ramas y de las alambradas" (Carrión, 1964: 31).¹⁹ Rafa en BC, desplazado del campo a la ciudad por la violencia partidista, padece otra no menos nefasta en la urbe. El cambio es apenas de forma porque los efectos son los mismos. Luego de llegar a Barranquilla y caer en manos de timadores y prostitutas que le roban los ahorros de penosos años de trabajo en el campo, es considerado un delincuente y en la cárcel su "vida fue de perros. Me trataron asquerosamente, me fotografiaron, me pidieron datos, me pintaron los dedos, es decir, me ficharon, y oficinistas, carceleros y presos me preguntaban a cada paso si yo tenía dinero. Como no tenía, comenzaron a darme palo" (491).

Violencia tanatomaníaca o la antropofagia de la muerte

La violencia represiva opera según el móvil, según el blanco escogido de antemano; y se hace de manera abierta por medio de "chulavitas", "pájaros" y "contraguerrillas de paz"²⁰ contra un pueblo que, otrora calmo y marginado, se ve obligado a involucrarse y extender el conflicto sin que las estructuras de poder, que lo generaron, se modifiquen. Para el capitán de MR: "Todos los hombres que no estén del lado del gobierno son rebeldes" (358). Así la violencia del Estado se convierte de manera progresiva en una draga devoradora, en una máquina de terror. En el largo historial de la pedagogía del miedo que representa la *Violencia*, los nuevos discípulos,

19 Jeremías Gutiérrez, personaje de EG y pudiente hombre de negocios que acogota a sus deudores con altos intereses se refiere así a los liberales: "todos ellos nueveabrileños, todos ellos *matacurashijosdepuercamasones* y Dios sabe cuántas cosas más... La más santa y purificadora muerte para los liberales. ¡Los debieran colgar de los palos más altos del parque de Bolívar [en Medellín] para que sirvieran de escarmiento... ¡Nueveabrileños asesinos! Eso es, colgarlos, Monseñor Builes [personaje histórico que desató una persecución sin precedentes contra el liberalismo] tiene razón" (47-48).

20 Apodos dados a los sicarios del Estado conservador en los años cincuenta; véase Guzmán, 1962: 1-216-218; Bedoya-Escobar, 1980: 60-62.

los hijos de la *Violencia*, aprenden precozmente el oficio de la muerte. No basta con producir dolor sobre el cuerpo, es necesario profundizarlo, multiplicarlo. El ensañamiento lleva al estertor, pero éste no detiene el ímpetu punitivo como si hubiera una fuerza no usada. La sanción debe continuar más allá de la agonía definitiva. El cuerpo se convierte en objeto de escarmiento. Foucault acierta en ello cuando afirma que el cuerpo es símbolo político en la medida en que está inserto en su dominio; las relaciones de poder operan en él al hacerlo su "presa inmediata; lo cercan, lo marcan, lo doman, lo someten a suplicio, lo fuerzan a unas relaciones complejas y recíprocas, a la utilización económica" (1976: 32). Esto recuerda las cabezas y miembros cercenados de los rebeldes contra el poder imperial durante la época de la colonia, particularmente durante la Revolución Comunera de 1781 y luego durante el movimiento de Independencia; cabezas que eran colocadas en picas o jaulas a las entradas de los pueblos para escarmiento de todos. Y las otras decenas de miles que hemos visto colgar, de distinta manera, en la historia de este país hasta el presente.²¹ Se aprende a matar, dice el delegado a Domingo y Toribio en MR, y se vuelve rutinario. Algunos lo harán por obligación, otros por intereses económicos y muchos otros por mera diversión (345). Pareciera como si la doble muerte del otro fuera una condición de la propia supervivencia (Bergeret, 1981).

Como zopilotes, los verdugos se encarnizan contra el cuerpo, lo mutilan; lo dejan insepulto como castigo. Hacen del cuerpo, entonces, un espacio agónico, escindido, negado. A estos "hombres primitivos", en la opinión de Freud (1970), les mueve un "inconsciente primario" porque no muestran el más mínimo escrúpulo ni el menor desasosiego en causar la muerte. Matan de la manera más natural del mundo. Es lo que hacen el capitán y sus hombres con los habitantes de la aldea campesina de la montaña y luego en el pueblo costero (N-MR: 300-301); igual el cabo Carrascal y la policía chulavita en el bajo Cauca (EG: 343-344).

Pero la racionalidad del terror (Abos, 1979) no se detiene ahí. Una vez asesinadas las víctimas y mutilados sus cuerpos, se saquean los bienes personales y los de la colectividad, y cuando no pueden ser blanco de pillaje los destruyen, como sucedió con la capilla y la escuela del pastor protestante Fischer (N-MR: 237-238), con los libros y material de investigación de Juan Bergchem (348), porque la "consigna de la policía es un

21 Durante la *Violencia* fue peculiar la sevicia contra el cuerpo, al punto de convertirse en un ritual fetichizado y nominado; véase Guzmán, 1968: 325-339; Bedoya-Escobar, 1980: 43-52.

mensaje que debe llegar hasta los más apartados parajes" (EG: 325). Y en otro pasaje, al narrador de EG no deja de sorprenderle tanto horror: "ladrones cínicos... Colorado estaba muerto, ni cerdos, ni gallinas, todo se lo habían robado los sicarios del gobierno en su aparatosa demostración de barbarie" (EG: 347).

Violencia radial o la espiral del miedo

Cuando la sevicia contra el cuerpo de las víctimas no es suficiente, hay que asediar al grupo familiar y vecinal del prisionero como espiral que asfixia, hasta llegar a la raíz misma de su ser. El poder represor, como señala Abos, "no acaba nunca de saciar su antropofagia. Acumula, una tras otra, en una usura de crueldades, los objetos de su saña: el cuerpo, la vida, el patrimonio, el hábitat, los restos y cenizas, el honor, la memoria, la vergüenza, todo ha de ser devastado" (1979: 10), y va más allá. Extiende su radio de acción sobre parientes, amigos, vecinos, clientes, testigos involuntarios. El inconforme contagia todo lo que por afección toca. La violencia se vuelve entonces "radial" (Abos, 1979: 10-11) al quebrantar a la víctima y a su entorno: intimida, encoge voluntades, cierra bocas, separa, levanta muros de silencio y de sospecha, compartimenta la vida social y se extiende en el cuerpo social contestatario como una mancha de aceite sobre el agua. Es lo que se observó en MR cuando la policía pretende acabar no sólo con las cabezas visibles del partido contrario, sino con todos los miembros del Directorio liberal del pueblo costero, para después continuar "con los amigos de éstos" (263), también con el negro Ramón porque se atrevió a enviar a sus hijos a estudiar a la escuela del pastor Fischer (287), y hasta con Rafa en BC, que nunca se interesó por los asuntos de la política partidista, pero era culpable porque su padre había sido liberal (439-440).

Bajo esa atmósfera represiva, de aislamiento, de emponzoñamiento de las relaciones humanas, la solidaridad flaquea y el ferviente espíritu de lucha y de libertad se debilita hasta quedar opacado en la sombra y en la vergüenza. Todos quedan envueltos en un manto de resentimientos que dejarán secuelas para siempre. Así lo entiende el narrador de EG cuando al final de la novela y ante tal espectáculo desolador reflexiona sentenciosamente:

Tierra arrasada por una plaga, la plaga más mortífera, la más extenuante porque no sólo destruye vidas y haciendas sino que envilece las almas de muchos hombres que fueron buenos, crea en ellos el sentimiento del odio y promulga a los cuatro vientos la individualísima ley de la vergüenza personal. La semilla del odio está sembrada, su germen permanecerá latente a la espera del momento más propicio. Ni los veranos prolongados, ni los inviernos crudos, ni el tiempo, ni nada, podrá terminar con ese invisible vivero de la muerte, vivero de la muerte en potencia y palpitante en cada pecho de cada hombre cuya dignidad ha sido menoscabada (347).

En tales circunstancias, las aspiraciones de cambio social son reemplazadas por una condición paranoica de terror, por un delirio persecutorio. Muchos sucumben ante tales condiciones. El que disiente en ese nuevo régimen es estigmatizado y arriesga la exterminación. Al desenmascarar la farsa de los religiosos, Xenobia se gana el repudio de todos y el exilio obligado: "Querían —sostiene— tostarme en la hoguera ante un populacho enardecido, en la misma forma que tuestan a... todos aquellos pobres hombres a quienes culpan y consideran enemigos de la fe" (SS: 2). El viejo alcalde del pueblo de MR es destituido por el capitán y lo torturan por disentir de las medidas del nuevo orden (248), igual ocurre con el sargento Gabino, quien al negarse a reprimir al pueblo, es asesinado a mansalva por uno de sus copartidarios (278, 303). El que calla sobrevive, pero queda marcado, porque el régimen contabiliza el silencio como consenso y la no protesta como complicidad. Miguel, Carlos, Esteban en EG, que anhelan una nación bajo los ideales de la ilustración: libertad, igualdad y fraternidad y que deben enarbolarlos como sus más caros principios, observan impotentes cómo el país real se desmorona. La dignidad humana pasa a ser algo del pasado, un ideario de viejos libros censurados. Para Carlos: "Carecemos del valor para afrontar con entereza la cruel realidad... Todos, todos sentimos acá en el corazón el peso de la verdad, pero nadie se yergue y grita, nadie tiene valor para... contarle al mundo entero las infamias internas de un país que sueña con ser civilizado" (130).

El Estado implica a toda la sociedad al convertirla en testigo mudo del terror y el miedo, que exhibe con cinismo y con total impunidad. A ese chantaje moral se agrega otro elemento no menos corrosivo, la culpa, que como dice Abos: "corrompe el coraje cínico, paraliza las reacciones, sumerge conciencias y voluntades en las ciénagas de la impotencia y refuerza el inmovilismo político y sus secuelas, la evasión y la insolidaridad" (1979: 13).

La psicosis de miedo paraliza a Ramón en MR, quien pasa tres días escondido en el fondo de la letrina, donde ya se "había acostumbrado a la fetidez", antes de ser descubierto y asesinado (311).

Los autores del terror del Estado son oficiantes envilecidos con almas de verdugos que sacian sus pasiones en el ritual de la tortura, ésa que según Baudelaire nace de la parte infame del corazón del hombre, sedienta de delectación (1978). El narrador de EG atribuye esta complacencia en la persecución y la muerte del supuesto enemigo religioso a monseñor Builes, personaje siniestro de la Iglesia Católica que actuó en el país con suma intolerancia desde los años treinta hasta finales de los cincuenta (González, 1976; Zapata, 1973). De él dice: "De Santa Rosa viene un grito, el grito de un esquizofrénico. Grito de muerte, muchos muertos, las manos teñidas de sangre impía recibirán la bendición de Dios Nuestro Señor. Eso predica" (194).

El destierro, el exilio forzado, la pérdida de los derechos individuales, el estado de sitio permanente, la segregación cultural, la censura a la prensa de oposición, a la literatura y al arte que no refleje la verdad oficial, completa el círculo de la violencia represiva operacional; violencia institucional que asola como un mal endémico a la sociedad entera. Sin embargo, aún bajo ese peso abotagador que acorrala a los hombres, un puñado de ellos defienden la libertad a costa de sus vidas; libertad que como mancha indeleble e inalienable les permite conservar su dignidad y les da las fuerzas suficientes para luchar contra ese topo de la muerte. La afirmación existencialista sartriana de que "estamos condenados a ser libres", cobra vigencia con la postura asumida por Juan Bergchem en MR: "podía pensar en muchas otras cosas, podía pensar en el laboratorio o en las mujeres que fueron parte de su vida... Recordó todo aquello que quiso recordar porque los cuatro muros de la celda no eran valla ni obstáculo para contener el vuelo de su imaginación" (223).

En fin, la producción literaria de Echeverri da cuenta de la vida de miles de hombres que fueron sometidos por la fuerza a la férula de los políticos y oportunistas en las ciudades como Medellín y Barranquilla observado en EG o BC y SC; o mediante subterfugios y mentiras utilizadas por la corte de aduladores en el reino medieval —parodia de diversos momentos del siglo XX— del príncipe Ludovico en SS. La obra de Echeverri, publicada entre 1949 y 1964, participa en sus temas y forma de los logros de la literatura de la primera mitad de siglo así como de la que propicia su quiebre en la segunda mitad, aunque por su temprana desaparición se queda a medio camino de nuevas y auténticas búsquedas. Es, diríamos, punto

de transición entre una y otra. Por eso no sorprende, aunque sí a muchos por su desconocimiento y poca difusión, que su novela *Bajo Cauca* haya sido seleccionada y publicada por Mario Benedetti y Antonio Benítez Rojo, junto con la de Carpentier, Guimaraes Rosa, Onetti, Cortázar, Fuentes, García Márquez, entre otros grandes, en la obra *Quince relatos de América Latina*.²²

La narrativa de Echeverri se inscribe, de un lado, dentro de la literatura de compromiso de mediados del siglo XX que muestra al hombre latinoamericano como "cuerpo social saqueado" que hace parte de un sistema capitalista salvaje, prepotente y retrógrado; y se hace del lado de estos exiliados sin caer en la testimonialidad ni el panfletarismo ni en posturas ideologizantes ni exotismos como fue usual en muchos escritores. Es ésta una de las tantas razones por las cuales su obra fue cuestionada y no gratuitamente echada al olvido. Y, del otro lado, se interesa por una literatura sobria, libre de todo retoricismo que busca develar, mediante formas discursivas particulares, los complejos mecanismos de funcionamiento de los modos de vida mental, social, moral y cultural de la sociedad colombiana; formas que tienden a ocultarse en registros discursivos de distinta naturaleza y que él elucida con no pocos indicios, pero que son apenas puerta de entrada a otro universo de significación más complejo.

Novelas y relatos como *Antares*, la primera parte de *Belchite*, *El sentimiento tiene un precio*, *Un mendigo en la esquina*, *Bajo Cauca*, corresponden a la literatura del primer medio siglo XX, donde el protagonista, individual o colectivo, comienza a desempeñar un papel importante en el devenir histórico y en la formación de una cultura en busca de identidad propia. Los protagonistas de esas obras aportan su propia concepción del mundo; llegan incluso a "percibir en categorías mitológicas el mal social" (Osposval-Kuteischikova, 1981). Poco a poco los personajes, de la mano de sus gestores, rompen las ataduras de esas minigeografías que engullen bajo dominios caciquiles y se lanzan a la conquista del espacio ciudadano, de la urbe que problematiza y ensimisma. Es el tiempo del ser en situación y vecino de todos los hombres. En *Marea de ratas*, *Bajo Cauca*, *Esteban Gamborena*, *La noticia*, *Ser de ser*, los personajes cuentan como "seres problemáticos" (Lukács, 1963); como seres degradados que se inte-

22. También aparecen: Rodolfo Walsh, Emilio Carballido, José Donoso, Carlos Martínez Moreno, Manuel Rojas (La Habana: Casa, 1970).

rogan sobre su destino y sobre su condición de exiliados en el mundo; son encrucijadas en las que se develan u ocultan, casi siempre, a través de sus propios discursos; discursos que su alter-ego relativizado—el escritor como instancia del cambio— asume, modifica y transforma, porque esa singularidad discursiva adquiere una tal autonomía que arroga la forma de nuevos discursos. Discursos ideologizados y cargados de lastre exterior (intertextualidad) que al personalizarse en los seres de ficción y en los nuevos discursos (relexicalizados y resemantizados) se redimensionan y por ende, generan nuevos sentidos. (Cros, 1986: V-VI). En el proceso de producción de sentido, el texto es, según Cros, “productividad”, lo que significa que su relación con la lengua es distributiva y es además, permutación de textos o intertextualidad; es decir, que “en el espacio de un texto varios enunciados tomados de otros se cruzan y neutralizan” (1997: 119). El escritor, detrás de ese proceso, es el “ángel maléfico que se posesiona transitoriamente del lenguaje sólo porque anteriormente ha sido poseído por el lenguaje” (Fuentes 1974: 200). El escritor, en este caso es el generador de un discurso—el de muchos otros, incluido el suyo— que solidariza a los hombres y los descubre visceralmente en el proyecto de rehacerse. Discurso que tiene la doble virtud de dejarse asir para cerrarse al instante. He ahí la singularidad del mismo o su “ambivalencia”, como diría Zima (1987), o su paradoja, según Eco, cuando afirma que “nada [es] más abierto que un texto cerrado” (Eco, 1981: 83).²³

La violencia toca el mundo de los personajes de Echeverri que se debaten en medio de ella; sobreviviendo difícilmente como Nelly y los pescadores de la aldea en MR, Antonio y María en el HT; o son envueltos en su tráfago sin que logren desasirla como ocurre con casi todos los personajes de BC, EG, SC, SS. La violencia es el signo que une, identifica y diferencia. Se convierte en ethos y pathos. Con ella o por encima de ella los personajes se expresan, se rebelan, hacen prueba de que existen. Aunque están condenados a ella, es quizás por eso que los resortes más oscuros y a la vez más lúcidos de ellos mismos salen a flote para reconocerla, comprenderla e insertarla a su propio proceso. Es lo que observamos al

23 Y agrega Eco en su *Obra abierta* que “una obra de arte, forma completa y cerrada en su perfección de organismo perfectamente calibrado, es asimismo *abierta*, posibilidad de ser interpretada de mil modos diversos sin que su irreproducible singularidad resulte por ello alterada. Todo goce en sí es una *interpretación* y una *ejecución*, puesto que en todo goce la obra revive en una perspectiva original” (1985: 65-66).

dores de MR, queda, como en Neily "la desesperación metida en el alma". Por eso patea a la vida, patea a la muerte, patea "a su maldita resignación, a todos los opresores y a todos los oprimidos, pateó a todos los capitanes del mundo" (375).

Ese anhelo de libertad se afirma categóricamente en cada acto de vida de Echeverri y en los gestos, actitudes y pensamientos de sus personajes, porque en pocos escritores se da esa unidad de manera tan indisoluble como en él. Lo uno remite a lo otro. Él es la forma (discurso ideologizado) articuladora entre las estructuras complejas de su sociedad y su propia escritura (la representación que tiene de aquéllas); él es su mediatización. Uno de sus más cercanos críticos lo percibe como el escritor que:

tuvo ante todo el afán de vivir: era un hombre que trabajaba (inmerso en la vida), y de una inmersión surgía naturalmente la función de escribir. Por tanto, fue *otra* su vía de acceso a la literatura... Arturo Echeverri Mejía es, en Colombia, un escritor *otro*: distinto por su formación vital y distinta en su discurso literario. Hizo la modernidad. Vivió profundamente ligado al mundo, y del mismo modo escribió. Por eso perdura. No sólo es rica su obra para el lector, sino que postula un modo certero de ser escritor y de ser hombre (Aguirre, 1981: 12, 43).²⁴

Las novelas y cuentos de Echeverri revelan a un hombre de coraje excepcional, un escritor comprometido y fiel a sus principios de libertad, honesto con su trabajo literario que no empeñó a ninguna causa partidista, de grupo o estética. Al contrario, enfrentó las ideologías existentes no sólo desde la literatura sino con su propia práctica personal, por eso fue perseguido y amenazado de muerte y su obra censurada y declarada subversiva. Echeverri aborda de una manera reflexiva y crítica la historia de un momento crucial de la vida colombiana, cuando, como él mismo lo señalara "un gobierno de minorías, mediocre y bárbaro, lanzó a sus turbas en una carrera loca de matanzas y opresión contra una mayoría desorientada e indefensa" (Archivos B. Harry, 1953c), y ello fue el factor desestabilizador de las instituciones y generador de la violencia; y por ende, de cambios en

²⁴ Y otro crítico en 1964 sostenía que no había en el país "otro escritor superior en el relato corto, dentro de un estilo antiliterario, desnudo, vital. Era un maestro del diálogo. Sus personajes se describen a sí mismos en lo que dicen. Cuentan sus existencias, sus pesares y penalidades. Se les siente palpar, sufrir, amar y esforzarse. En los vívidos monólogos hay vida interior que pugna por manifestarse a borbotones" (Gers, 1964: 3).

inicio de la novela *Marea de ratas*: en la prisión de la aldea de pescadores hay un hombre que espera la muerte y aunque no ha sido transgresor de ninguna ley ni había sido juzgado, como José K, debe morir según el mandato del nuevo régimen político que no admite forma de pensamiento diferente a la suya; además, no comparte la violencia desatada por aquellos que actúan en nombre de una ideología política partidista y de una religión que presume ser única y excluyente. Pero ese hombre, Juan Bergchem en MR, en medio de esas fuerzas desintegradoras, amaba la ciencia, pero por encima de ella; que abandona, amaba más a los hombres, "tenía fe en ellos y había vivido en pos de la libertad buscándola en sus formas más simples, en los mismos principios, en la soledad casi trágica de una naturaleza elemental. Fue una pasión vehemente, y ella, como jugada sucia y trágica del Destino, lo llevó a los muros de la cárcel, al sacrificio" (221).

La violencia es la fuerza mediadora que mueve un conjunto de elementos mediante un complejo e intrincado mecanismo cuyo impulso inicial apenas si reconocemos, pero no su verdadera causa ni su real efecto al interactuar unos elementos sobre o con otros. Y como señala Dorfman:

Lo esencial no es comprobar el indiscutible peso de la violencia en nuestra realidad fáctica y literaria, sino desentrañar las formas específicas, múltiples, contradictorias y profundamente humanas que presenta; mostrar cómo la violencia ha creado una cosmovisión que no se encuentra en ningún otro lugar; cómo el hombre latinoamericano ha enfrentado el problema de su muerte y de su libertad, y cómo, derrotado o vencedor, ha sabido buscar en la violencia su ser más íntimo, su vínculo ambiguo o inmediato con los demás (1970: 9).

Para salvaguardar la dignidad, Juan Bergchem, al igual que muchos otros personajes de las novelas de Echeverri, debe arrostrarlo todo sin medir la cuota de sacrificio indispensable. Nelly, por ejemplo en MR, expone su vida y la de su hermano para enfrentar la amenaza del capitán y de su tropa de esbirros contra el pueblo. Los jóvenes intelectuales de EG, Esteban, Miguel, Marta, denuncian, sin temor a su vida, los males institucionalizados que azotan al país; Xenobia en SS se enfrenta al abad y a la camarilla de clérigos para develar sus falacias ante el príncipe Ludovico. Pero antes, hay que cercenar, decapitar al basilisco de la muerte para que sobrevivan los dos cultos de Juan Bergchem: "la fraternidad y la libertad" (N-MR: 221). A la presencia de la parca vestida de verde que ronda celosa el pueblo de pesca-

las costumbres y la mentalidad del pueblo colombiano sin que se avizore salida de esa vorágine de conflictos y contradicciones en la que se halla. Es la cuota onerosa por su tardía o abúlica reacción.

Nada mejor que terminar con las palabras de Gonzalo Arango, poeta nadaísta y mejor amigo de Echeverri: "Si yo no odiara los epitafios por sacrilegos, pondría uno sobre su tumba: *Amó la belleza sobre todas las cosas y a los hombres más que a la belleza*" (1981: 584).

Bibliografía

- Abel, Christopher. *Política, Iglesia y partidos políticos*. Bogotá: FAES-Universidad Nacional, 1987.
- Abos, Álvaro. "La racionalidad del terror". *El Viejo Topo*. Barcelona (dic./79) 9-15.
- Althusser, Louis. *Positions*. Paris: Sociales, 1976.
- América Latina en su literatura*. César Fernández Moreno, comp. México: Siglo XXI, 1972.
- Arango, Gonzalo. "¡Adiós, mi capitán!", en Echeverri Mejía, Arturo. *Novelas*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1981.
- Azula Barrera, R. *De la revolución al orden nuevo*. Bogotá: Kelly, 1956.
- Baudelaire, Charles. *Diarios íntimos*. Buenos Aires: Arca-Galema, 1977.
- Bedoya, Luis Iván y Augusto Escobar. *La novela de la violencia en Colombia I. "Viento seco" de Daniel Caicedo: lectura crítica*. Medellín: Hombre Nuevo, 1980.
- Benítez Rojo, Antonio. "Notas", en *Quince relatos de América Latina*. La Habana: Casa de las Américas, 1970, vii-xiii.
- Bergeret, Jean. "La violence fondamentale". *Revue Française de Psychanalyse*. Paris 45/6 (déc./81) 1335-1350.
- Carrión, Benjamín y Germán Arciniegas. "Una encuesta de Cuadernos de París". *Cuadernos*. México 33/5 (sep.-oct. 64) 25-45.
- Clastres, Pierre. "Archéologie de la violence: la guerre dans les sociétés primitives". *Libre*. Paris: Payot, 1977, 137-173.
- _____. *La sociedad contra el Estado*. Caracas: Monte Ávila, 1978.
- Cosse, Rómulo. "La obra literaria, una estructura dialéctica". *Plural*. México 125 (jul. 81) 54.
- Cros, Edmond. *Literatura, ideología y sociedad*. Madrid: Gredos, 1986.
- _____. *Ideosemas y morfogénesis del texto*. Frankfurt am Main: Vervuert Verlag, 1992.

- Cros, Edmond. "D'un sujet a l'autre". *Sociocriticism* 9/18 (1993) 7-21.
- _____. *El sujeto cultural: sociocritica y psicoanálisis*. Buenos Aires: Corregidor, 1997.
- Domenach, Jean-Marie. "L'ubiquité de la violence". *Revue Internationale des Sciences Sociales*. Paris 30/4 (1978) 759-767.
- Dorfman, Ariel. *Imaginación y violencia en América Latina*. Santiago: Universitaria, 1970.
- Duvignaud, Jean. "Violence et société". *Raison Presente*. Paris 54 (1980) 5-18.
- Echeverri Mejía, Arturo. *Novelas*. Bogotá: Instituto Nacional de Cultura, 1981 (contiene 4 novelas, 4 cuentos, un prólogo de Alberto Aguirre y un epílogo de Gonzalo Arango).
- _____. *Novelas y cuentos I y II*. Medellín: Autores Antioqueños, 1994 (contiene 5 novelas, 4 cuentos, un prólogo de Jairo Morales y un epílogo de Augusto Escobar).
- _____. *Esteban Gamborena*. Medellín: Universidad de Antioquia-Municipio de Medellín, 1997.
- Eco, Umberto. *Lector in fabula*. Barcelona: Lumen, 1981.
- _____. *Obra abierta*. Barcelona: Planeta-Agostini, 1985.
- Escobar Mesa, Augusto. *Quand une littérature prend les armes et la violence... la parole*. Bordeaux: Girdal-CNRS, 1987.
- Fainberg, Viktor. "La violence d'Etat", en *La violence. Généalogie de la politique II*. Paris: Union Générale d'Éditions, 1978, 223-340.
- Fals-Borda, Eduardo. "Introducción", en Guzmán, Germán y otros. *La violencia en Colombia II*. Bogotá: Tercer Mundo, 1964, 9-52.
- Feierabend, Rosalind. "Le rol des gouvernements dans la recherche sur la violence". *Revue Internationale des Sciences Sociales*. Paris 30/4 (1978) 818-846.
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*. 6ª. ed. México: Siglo XXI, 1981.
- Freud, Sigmund. *El malestar en la cultura*. Madrid: Alianza, 1970.
- Fuentes, Carlos. "Muerte y resurrección de la novela", en *Crítica de la novela iberoamericana. Antología*. México: UNAM, 1974, 199-204.
- Gers, José. "Despedida de un escritor". *El Colombiano*. Medellín (jun. 14/64).
- Girard, René. *La violence et le sacré*. Paris: Grasset, 1972.
- González, Fernán. "La Iglesia Católica y los partidos políticos en Colombia". *Universidad de Medellín*. 21 (en.-mar./76) 90-146.
- Guzmán, Germán et al. *La violencia en Colombia I*. Bogotá: Tercer Mundo, 1962.

- Guzmán, Germán. *La violencia en Colombia: parte descriptiva*. Bogotá: Progreso, 1968.
- Hernández, Óscar. Entrevista a Arturo Echeverri Mejía. *El Correo* (jul.31/60) 5.
- Laborit, Henri. "Mécanismes biologiques et sociologiques de l'agressivité". *Revue Internationale des Sciences Sociales*. Paris 30/4 (1978) 768-789.
- Lukács, Georg. *La théorie du roman*. Paris: Gonthier, 1963.
- Khan, R. "La violence et le développement socio-économique". *Revue Internationale des Sciences Sociales*. Paris 30/4 (1978) 883-908.
- Hamon, Philippe. *Texte et idéologie*. Paris: PUF, 1984.
- Maffesoli, Michel. *Essais sur la violence banale et fondatrice*. Paris: Librairie Méridiens, 1984.
- Martz, John D. *Colombia: un estudio de política contemporánea*. Bogotá: Universidad Nacional, 1969.
- Ortega, Julio. "Para una tipología de la violencia". *Eco* 38/232 (feb./81) 395-407.
- Ospoval-Kuteischikova. "La nueva novela latinoamericana: una nueva visión artística". *Latinoamérica*. México: UNAM, 1981.
- Palacios, Marco. *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*. Santafé de Bogotá: Norma, 1995.
- Pécaut, Daniel. "Quelques réflexions sur le phénomène de la 'violence' dans les années 1945-1953". *Caravelle*. Toulouse 26 (1976) 55-67.
- Robin, Régine. *Histoire et linguistique*. Paris: Armand Colin, 1973.
- Segre, Cesare. *Crítica bajo control*. Barcelona: Planeta, 1970.
- Tirado Mejía, Álvaro. "Colombia: siglo y medio de bipartidismo", en *Colombia hoy*. Santafé de Bogotá: Presidencia de la República, 1996, 97-189.
- Torres, Camilo. *Revolución y cristianismo*. México: Era, 1970.
- _____. "La violence et les changements sociaux en Colombie". *Partisans*. Paris 38 (jul.-sept./81) 115-139.
- Zima, Pierre. *Manuel de Sociocritique*. Paris: Picard, 1985.
- _____. *L'ambivalence romanesque. Proust, Kafka, Musil*. Paris-Bern: Peter Lang, 1987.
- _____. *L'indifférence romanesque*. 2^e. éd. rev. et corr. Montpellier: Études Sociocritiques, 1988.
- Zapata Restrepo, Miguel. *La mitra azul. Miguel Ángel Builes: el hombre, el obispo, el caudillo*. Medellín: Beta, 1973.